

UN EMBAJADOR Y UNA MISION

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El recuerdo que dejara en el Perú, Moisés Sáenz, quien fuera Embajador de México ante nuestra patria hace aproximadamente veinticinco años, persiste intacto. Hay todavía rastros vivos de su profunda admiración por nuestro pasado, de su interés por la obra de los artistas contemporáneos, de su culto al quehacer sencillo y limpio de los artesanos populares, de la amistad que prodigó, movido por un auténtico sentido americanista, a quienes realizaban aquí un trabajo creador o especulativo. Su misión rebasó las obligaciones diplomáticas y fue un peruano más entre aquellos que buceando en la historia y el hombre presente perseguían una definición del país. La hermandad del Perú y México se hizo real en él, e incluso los que no lo conocimos personalmente supimos, y sabemos aun por el testimonio de los que le fueron cercanos, que nunca como en ese momento el ligamen tradicional de las dos culturas más antiguas e ilustres del continente revivió concreto y activo.

México ha sido para mi generación —como lo fuera para la de Mariátegui antes— el polo de un meridiano cultural decisivo en su formación. Si tuviera que mencionar nombres citaría el ejemplar de Alfonso Reyes, que encarna todo lo universal y, al mismo tiempo, americanista que un sabio puede ser en estas latitudes recientes para el saber occidental, al cual es preciso fundir esencialmente con la heredad autóctona en una síntesis trascendental, en un verdadero proyecto de ser y sentido. En varias revistas que del gran país azteca —“Romance” y “El Hijo Pródigo”— nos alcanzaron las ideas y los hechos perflurables del arte y la literatura de los creadores de la patria de Montezuma que, como Pellicer, Tamayo, Paz, Chávez, etc., intentaban la consolidación de un espíritu distinto, vigente y autónomo en el orbe. Entre esos nombres, junto con muchos otros cuya relación sería dilatada, estaba el de José Luis Martínez. Es él precisamente, quien hoy ocupa la representación de México en el Perú.

Sabemos que las bases de la mutua comprensión, de la amistad estrecha, de la recíproca devoción entre los dos pueblos, echadas por Moisés Sáenz se recuperaran con la presencia de José Luis Martínez, cuya personalidad de escritor y humanista hará de su función diplomática algo más que el mero cumplimiento de las fórmulas específicas del cargo que acaba de asumir. Él tiene conciencia de que el Perú y México poseen un destino común porque poseen rasgos culturales que rara vez se dan con semejante identidad, en una coincidencia que hay que atribuir al similar carácter del reto que las circunstancias objetivas y naturales proponen a los hombres de aquí y de allá. La comunicación que a través del Embajador Martínez se podrá establecer permitirá incrementar y acelerar la unidad de nuestras naciones, como parte de la unidad mayor de todos los pueblos latinoamericanos. Esta nota ha querido expresar el alborozo que nos produce a los escritores peruanos la incorporación de un intelectual como José Luis Martínez a nuestra vida, a nuestros afanes, a nuestra voluntad de solidaridad dentro de la vasta familia continental.